

## Ambigüedad del Partido Socialista

**E**N estas mismas columnas hemos destacado y solidarizado en más de una oportunidad con actitudes y declaraciones del Partido Socialista. Sin embargo, no podemos silenciar ni ocultar que existe una notoria ambigüedad en la conducta de esa agrupación política, derivada de la contradicción entre sus acuerdos, postulados o planteamientos teóricos y su comportamiento práctico.

El objetivo estratégico del PS, según la resolución sobre política nacional aprobada en su último Congreso Ordinario, celebrado en Chillán, es la conquista del Poder por esta generación, para liberar a Chile de la dependencia del imperialismo y del retraso económico, social y cultural en que se debate, para instaurar un estado revolucionario e iniciar la construcción del socialismo.

Esta aspiración —se agrega en el documento— choca con la resistencia tajante y violenta del imperialismo y de las fuerzas internas que lo apoyan, por lo cual habrá que oponer a esa violencia reaccionaria la violencia revolucionaria.

El Comité Central, en una declaración entregada inmediatamente después de finalizado el Congreso, amplió y precisó el sentido y el alcance de sus acuerdos.

Estas son frases culminantes:

—En América latina la lucha por el Poder está planteada en términos armados y continentales.

—Las clases propietarias ponen el aparato represivo del Estado al servicio de la mantención de su orden social cuando éste se encuentra en real peligro.

—Las clases dirigentes han confiado al Pentágono la cautela final de su orden social y no han vacilado en colocar a las fuerzas armadas de cada país latinoamericano bajo su dirección ideológica y técnica como postrera garantía del orden establecido.

—Para instaurar el socialismo en Chile tendremos que enfrentar a la fuerza organizada de nuestros enemigos de adentro y de afuera del país.

—Los Estados Unidos han advertido, a través de la llamada Doctrina Johnson, que no tolerarán en América latina una segunda experiencia que, como la revolución cubana, quiera establecer una sociedad socialista.

Estas apreciaciones son reiteradas por el Subsecretario General del PS, Adonis Sepúlveda, en la entrevista publicada en el N° 67 de "Punto Final".

Dijo el citado dirigente:

—No creemos que la lucha por el poder pueda darse dentro del cuadro de la institucionalidad burguesa.

—El cambio de régimen no puede lograrse pacíficamente.

—La vanguardia revolucionaria debe preparar a las masas para un enfrentamiento que inevitablemente será violento.

—Las clases que detentan el poder no lo entregarán pacíficamente.

—El PS ha desechado definitivamente la vía electoral para llegar al poder. Estamos por la vía armada.

Estas enunciaciones doctrinarias deberían ubicar al PS en forma inequívoca entre las fuerzas genuinamente revolucionarias. Pero da la impresión de que se ha quedado en el mismo lugar donde estaba antes del Congreso de Chillán o que ha seguido marchando por la misma senda ya recorrida y que el propio PS reconoce que no lleva a la meta propuesta.

El PS está participando activamente en la campaña parlamentaria. ¿Significa esto que sus dirigentes han trasgredido los acuerdos del Congreso, que se han ido por un atajo, un desvío o una ruta distinta a la trazada en los planos ideológicos?

No, en concepto del Subsecretario General, quien afirma que "se está cumpliendo la línea de Chillán, de acuerdo con las posibilidades particulares del partido y la realidad político-social del país".

Y tiene razón, porque en ese torneo se dejó la puerta abierta para que por ella escapara la posición teóricamente revolucionaria del partido. En efecto, también se estableció que no se desdénaba la utilización de métodos pacíficos o legales, como los procesos electorales y la actividad parlamentaria.

¿Hay contradicción entre la aseveración de que el pueblo sólo tendrá acceso al Poder por el enfrentamiento armado, y la decisión de continuar interviniendo en las contiendas electorales y en la actividad parlamentaria?

Efectivamente, hay una flagrante contradicción, una antinomia y una inconsecuencia. Pero ésta no surgió ahora, sino que en el propio Congreso de Chillán.

¿Por qué son incompatibles los eventos electorales con la lucha armada?

Primero, porque el ajetreo electoral y parlamentario monopoliza el tiempo, los recursos humanos y económicos del partido, en detrimento de la lucha armada, que se posterga indefinidamente.

Segundo, porque la vía electoral no es una forma subsidiaria o alternativa para alcanzar el Poder. El Partido y la experiencia han descartado y desahuciado esta posibilidad. Luego, todos los esfuerzos que se encaucen en este sentido son estériles.

Tercero, porque un Partido no puede mantenerse en la legalidad, a pesar de sus preparativos o su intervención en la lucha armada. La preparación o actuación armada obliga a la clandestinidad.

Cuarto, porque al pueblo no se le puede hablar dos lenguajes diferentes. No es correcto decirle, por una parte, que el sufragio universal no le sirve para nada, que con él no conquistará el Poder y que a éste habrá que llegar por la confrontación armada; y, al mismo tiempo, inducirlo a votar, a confiar en el resultado de las urnas, en la gestión de los parlamentarios, en sus discursos en el Congreso, en las iniciativas legales que presenten o en las enmiendas que propongan.

Desgraciadamente, esta fisonomía ambivalente del Partido Socialista está perjudicando ambas posturas, la electoral y la armada.

Los militantes y los simpatizantes se resisten a trabajar y a votar por los candidatos del Partido y miran con escepticismo su labor parlamentaria, porque consideran que esto es inútil para los propósitos revolucionarios. Pero, por otro lado, tampoco se deciden a enrolarse en la acción armada ni creen en el espíritu o en la determinación revolucionaria del Partido, porque lo contemplan empeñado en los métodos convencionales, legales y pacíficos de lucha.

¿No sería más razonable, puesto que el Partido se ha definido por la lucha armada, que al pueblo se le pidiera empuñar las armas, en vez de solicitarle su sufragio?

Quinto, porque para que el Partido participe en los comicios, tiene que adaptarse y acomodarse a la institucionalidad, lo que significa morigerar sus planteamientos y acciones revolucionarias. Debe comportarse bien, no salirse de los cauces legales, acatar la legalidad burguesa, legitimar, validar y a veces hasta respaldar las instituciones burguesas de las cuales forma parte.

Sexto, porque por mucho que se esfuercen los parlamentarios del Partido quedan atrapados en el engranaje del parlamentarismo.

Los gremios, incluso, confían más, a veces, en el debate o en la negociación parlamentaria para resolver sus pliegos u obtener que se atiendan sus reivindicaciones, que en su propia fuerza, en su propia lucha.

Séptimo, porque la postulación de candidatos del Partido y su ulterior actuación parlamentaria mantienen vivas, alimentan y engordan las esperanzas cifradas en la vía electoral, incluso en sectores partidarios e independientes de Izquierda.

Por estos motivos, y otros que no consignamos, nos sentimos forzados a discrepar con el Subsecretario General del PS cuando expresa que "es esquematismo y sectarismo oponer participación en un acto electoral y vía armada".

Precisamente son los sectores reformistas los que han estado acusando de esquemático y sectario al PS por haber elevado la lucha armada a la categoría de instrumento exclusivo para la conquista del Poder. Entendemos que el PS no se inclinó por esta tesis por mecanicismo, capricho ni intolerancia, ni por apegarse a los conceptos de moda. La acogió por convicción íntima y sincera, después de un análisis reflexivo y ponderado de la realidad. Levantada esta bandera doctrinaria, hay que serle fiel sin claudicaciones.

Podría sostenerse que preconizar la retirada total del escenario electoral y parlamentario es una herejía, porque Lenin recomendaba aprovechar hasta el último la tribuna del Congreso, la legalidad, las batallas electorales.

Pero Lenin no pudo prever las consecuencias perniciosas que tendría para los partidos marxistas su intervención en las lides cívicas de la democracia burguesa. El creyó que las colectividades revolucionarias usarían de la legalidad, de la institucionalidad y del Parlamento en provecho de la revolución. Jamás pensó que ocurriría lo inverso, o sea, que los partidos marxistas serían usados por la burguesía en defensa del sistema, como adorno



Aniceto

Rodríguez:

¿ser o

no ser?

y condimento de la democracia representativa. No concibió Lenin que las organizaciones de vanguardia de la clase trabajadora caerían, por su dedicación a las faenas electorales y parlamentarias, en el más descarado reformismo, que perderían todo empuje revolucionario, que se olvidarían de hacer la revolución y terminarían identificándose con el sistema y convirtiéndose en sus puntales.

Para que el pueblo tome en serio el pensamiento revolucionario, para que comprenda que la vía electoral es un obstáculo insalvable en su ruta hacia el Poder, para que cambie su mentalidad reformista, para desarraigar de su conciencia el ilusionismo electoral, para que se dé realmente por notificado de que hay que empezar a prepararse para el enfrentamiento armado inevitable con las fuerzas represivas del imperialismo y la burguesía, a escala nacional y continental, es menester que vea un cambio sustancial en la actitud de los partidos que se dicen revolucionarios; es fundamental que éstos demuestren concordancia entre sus posiciones teóricas y su conducta política concreta.

El PS tiene todavía la oportunidad de transformarse en foco aglutinador de las fuerzas revolucionarias y antimperialistas dispuestas a acometer la heroica empresa de lanzarse a la conquista del Poder por la vía armada. En cambio, si vacila, si continúa paralogizado, presa de la incertidumbre y de la indefinición habrá malogrado su destino, defraudará todas las esperanzas, será un partido reformista más, sin peso ni ascendiente, vendido, torturado por sus remordimientos y triturado por sus querellas internas, sus corrientes y contradicciones. Lo cierto es que no podrá seguir indefinidamente representando el Hamlet de la política chilena.

JAIME FAIVOVICH